

Académicos Vecinos

Del Amor a la Decepción

POR LORENZO MEYER

EN algún momento del año pasado —y según un folleto que recibí por el correo— la fundación Stanley, cuyas oficinas están en Iowa, organizó su conferencia anual sobre la política exterior de Estados Unidos. Una de sus cuatro mesas redondas se dedicó por entero a la política norteamericana hacia México. Entre los 19 participantes había algunos especialistas en el México contemporáneo, como Susan Kaufman y David Ronfeldt.

De acuerdo a lo publicado, la posición general del grupo fue muy crítica de lo hecho en este sexenio en México en materia económica y política —les hubiera gustado un viraje más pronunciado y rápido de la liberalización y reprivatización de las actividades productivas y una apertura política que diera una mayor oportunidad al P.A.N.—. Entre las seis recomendaciones para el gobierno norteamericano en relación a México aprobadas por el grupo de especialistas de la Fundación Stanley, la segunda dice textualmente: "La voluntad de México para aceptar la parte de responsabilidad que le corresponde en los problemas bilaterales con Estados Unidos parece estar asociada a las decisiones unilaterales tomadas por Estados Unidos para obligar a México a actuar. En este campo, las acciones son más efectivas que las exhortaciones. Los problemas económicos de México son anteriores a la crisis de su deuda externa, y Estados Unidos debe de acumular presiones sobre México para obligarlo a reformar su economía". El grupo, según dijeron, se encontró dividido en rela-

ción a lo aconsejable que sería presionar a México para que llevara a cabo una reforma democrática.

★

ASI pues, resulta que ciertos colegas norteamericanos consideran adecuado pedirle específica y públicamente a su gobierno que ejerza presiones unilaterales sobre nuestro país para obligarlo a reconocer que ya no puede "simplemente aguardar a que Estados Unidos le resuelva sus problemas". Ha-

cia tiempo que los colegas norteamericanos no se mostraban tan arrogantes, prepotentes e intervencionistas. Su actitud nos da una buena medida de lo hondo de nuestra crisis y la debilidad de nuestra posición. Y lo peor es que ya nos dicen eso en nuestra propia cara.

A mediados de mayo de este año se llevó a cabo un coloquio "México-Estados Unidos" en Querétaro; en él participaron académicos de ambos países, además de algunos importantes políticos. Según me informaron, y para sorpresa y desagrado de los organizadores mexicanos, el más famoso politólogo de la Universidad de Harvard —especialista en procesos de modernización política y autoritarismo— no tuvo mayor empujo en comparar al sistema político mexicano actual con el que existe en Sudáfrica, donde una minoría se opone por medios ilegítimos a dar representación a la mayoría. Realmente creo que al famoso politólogo norteamericano se le pasó la mano, pero su exageración sólo puso de relieve el hecho de que los bonos de la élite política mexicana en los campus universitarios al norte del río Bravo están más devaluados que los de la deuda externa boliviana.

★

OBVIAMENTE la situación no fue siempre así. Cuando la Revolución Mexicana era una idea que aún conservaba vitalidad, un puñado de académicos norteamericanos dieron al mundo de habla inglesa una visión relativamente positiva del nuevo régimen mexicano, en particular de sus posibilidades futuras. Para comprobarlo basta hojear los libros que entonces publicaron James Fred Rippey (1926), Ernest Gruening (1928) o Frank Tannenbaum (1930).

Cuando llegó la posrevolución y México fue aliado de Estados Unidos contra el eje —y dejó de lado los experimentos sociales que tanto afectaron a los intereses creados de los norteamericanos—, la imagen de nuestro sistema político se hizo aún más positiva a ojos de nuestros vecinos académicos. Así, Howard F. Cline (1960) o William Glade y Charles Anderson (1963), alabaron los logros de la Revolución Mexicana

Académicos Vecinos

Sigue de la página siete

y en 1964 Robert E. Scott le dio al sistema mexicano su credencial de país en vías de lograr la plena democracia. Esta credencial le fue refrendada a nuestro sistema de más o menos buena gana por los trabajos de Vincent Padgett (1966), James Wilkie (1967) y otros más.

★

LOS acontecimientos de 1968 vinieron a introducir cambios importantes en el esquema, aunque ya antes Raymond Vernon había puesto al descubierto las profundas contradicciones en nuestro sistema económico (1963). En 1971 aparecieron los trabajos de Roger D. Hansen —que puso en duda la equidad del llamado “milagro mexicano”— y de Kenneth F. Johnson, que abiertamente —aunque de manera un tanto burda— negó al mexicano la calidad de sistema político democrático. Susan Kaufman no tuvo mayor problema en usar en 1975 el modelo de sistema autoritario para explicar el proceso de formulación de políticas en México. Otra dama, Judith Adler Hellman, publicó en 1978 una obra que, desde la izquierda, señalaba el fin del “milagro” y el principio de una crisis política profunda, difícil de solucionar por la vía del reformismo. El fantasma de la inestabilidad había hecho su aparición en los libros que se asignaban a los estudiantes de ciencias sociales que se interesaban por nuestro país en Estados Unidos.

De entonces a la fecha todo ha sido cuesta abajo.

A partir de 1982 la crítica al sistema político mexicano en los círculos académicos norteamericanos proviene tanto de la izquierda, de la derecha, como del gran centro. Los más serios de entre ellos, como es el caso de Wayne A. Cornelius (1986), no comparten las ideas de quienes temen que la estabilidad mexicana está a punto de perderse ni les da por usar a África del Sur para explicar lo que está aconteciendo hoy en México. Sin embargo, aceptan que la crisis estructural mexicana aún está lejos de haber sido solucionada; que la verdadera respuesta a nuestros dilemas políticos aún no se ha encontrado. Y en esto creo que tienen razón.

En conclusión, los académicos norteamericanos han pasado, en su apreciación del sistema político mexicano, del amor en los tiempos de la posguerra a la decepción —y por el tipo de discusión que se dio en la Fundación Stanley o en Querétaro, también al temor, la ira y el desprecio— en una época de crisis. Todo lo anterior nos lleva a los académicos mexicanos a tener que adoptar una actitud madura frente a los colegas del norte, alejada tanto del antinorteamericanismo fácil y rampón —que hoy abunda en nuestro medio como una hoja de parra para ocultar lo incultable—, como de la autoflagelación masoquista. Tenemos problemas serios, el análisis hecho en las universidades nos puede ayudar a encontrar las fallas y su solución, pero ésta debe ser obra nuestra y exclusivamente nuestra.